

El absurdo Springfield Polombiano

Alcalde Diamante: ¿De qué piscina secreta hablan?

Reporteros: Vi algo detrás de esa puerta –corren–.

Alcalde Diamante: ¡Eureka descubrimos las ruinas de una ciudad antigua!, bueno, no tan antigua.

En la cotidianidad de la política colombiana reina lo absurdo, la narcodictadura se sostiene campante mediante una propiedad emergente, lo absurdo, además del terror y el miedo. Llega a ser tal que la realidad colombiana no resulta paradójica a las parodias Simpsonianas. Hace algunos días María Jimena Duzán en una loable labor de ejercer un periodismo digno y decente entrevista al exfiscal anticorrupción Gustavo Moreno vinculado al proceso del Cartel de Toga (ya paradójico de por sí), apenas un mandadero dentro de la jerarquía corrupta y podrida de la institucionalidad y parainstitucionalidad colombiana, que, mediante su captura y procesamiento, pretenden arrojar migajas, ilusión o simbolismos de justicia en este país. No es cuestión de “algunas manzanas podridas” como lo dicen los emuladores y pregoneros de la verdad, el veneno está enquistado y lo expelle la mafia que maneja el Estado colombiano. Por algo Gustavo Moreno tiene miedo del funesto Néstor Humberto Martínez, porque puede hacerse merecedor del bautizo en aguas cianúricas como ya les ha ocurrido a otros. El actuar de la Fiscalía encabezada por Francisco Barbosa, como fiel heredero de Martínez Neira, ha movido fichas para dilatar el proceso, para que no se continúen destapando los nombres y quizás caiga alguno de los peces gordos que figuran en el negocio de la mancillada justicia. Es decir, necesitan de la institucionalidad para validarse, operar, justificarse y defenderse, un juego táctico-estratégico tan bizarro y con tan poca astucia, que la mayoría de veces las mentiras que inventan para hacer pasar por verdades tienen la misma lógica y validez de Gorgory, pero para eso están los medios de “comunicación”, que propagandizan las mentiras, y en un juego de manipulación se convierte en una sarta de montajes y condenas mediáticas funcionales a los poderosos.

Continuando con las parodias, no hay que olvidar el sueño farandulero del presidente títere y su programa de televisión, en donde no hacen (como si no fuera suficiente con las noticias de mañana, tarde y noche) sino deshumanizar hablando del incremento de cifras, e infantilizar hablando de caritas felices y tristes, en un pésimo intento por vender la imagen de un presidente y de un Estado preocupado por la gente, cuando depositan toda responsabilidad en la figura del autocuidado y el aislamiento como único tratamiento contra la pandemia, entonces la culpa de contagiarse es del pobre que sale a rebuscarse, cuando no es silenciado mediante el tapabocas del garrote -“¿quién les mando a salir y no usar bien el tapabocas?”-. Así,

el Estado se libera de toda responsabilidad a sabiendas de que la mayoría de personas ha muerto por la precariedad del sistema de salud, vendido a los ricos de las mafiosas EPS, sin infraestructura, y sin sueldos dignos para los profesionales de la salud; mismos que no se inmutan en gastar millones de dólares en tanquetas sofisticadas y toda especie de armas para mantener la pacificación y el control. Este espectáculo medieval y dantesco de paso promueve un fascismo social que robustece el discurso de “¿quién los mandó no cuidarse?” y así es como los colombianos transmutan de seres humanos a cifras de miedo.

La pandemia y el virus les sirve a las castas dominantes, a los detentores del poder, como figura de nuevo miedo, porque a la hora del té esta pandemia ha beneficiado a los ricos, por medio de un gobierno aporofóbico que subsidia a los grandes empresarios -los banqueros no han perdido ni un solo peso-, y continúan disfrazando las medidas de excepcionalidad y autoritarismo (no significa que antes no existiera, es que el disfraz muta) para que no nos movilizemos frente al genocidio y el despojo, necesitan otro elemento de terror además de la sangre y los montajes judiciales. Al mismo tiempo, el virus resulta ser un recurso polifacético, pues ha sido una excelente cortina de humo para que brille la impunidad, haciendo de las masacres un titular más, de los feminicidios una cifra más, para que la sistematicidad de asesinatos a líderes sociales y ambientales se normalice, para que el abuso policial, la corrupción, sean “pequeños” chascarrillos, nada más que recursos anecdóticos de puntos negros en el “Estado immaculado, impoluto e inocuo” que pretenden televisar. Ese discurso picado y replicado hasta la saciedad, es direccionado por la misma clase dominante que transa con el erario comprando a precios inflados las vacunas, luego de décadas de permitir la desagregación tecnológica y científica, y jugando con la salud de los pobres.

A este estado de cosas orquestadas desde la institucionalidad se suma de manera cómplice el reagrupamiento y copamiento del paramilitarismo en zonas estratégicas para el desarrollo de los grandes proyectos mineroenergéticos —véase el caso del bajo Cauca antioqueño en la zona de influencia de Hidroituango—, bajo el manto del discurso porcino de “el que la hace, la paga”, aplicado, valga decir, sólo cuando los crímenes los comenten los pobres (incluso si son funcionales al proyecto político-económico de nación de las castas dominantes: los delincuentes pobres terminarán hacinados y haciéndose merecedores de la muerte, la enfermedad y la violación de sus derechos en esta o aquella prisión; pero los ricos desfalcadores podrán dictar conferencias en sus celdas de lujo o dar ruedas de prensa en su hacienda de un chillión de hectáreas despojadas). El paramilitarismo se fortalece con la anuencia de las fuerzas armadas legales en Colombia, asesinan, masacran, violan, infunden terror, desplazan y despojan en defensa de un proyecto de nación que nos condena al atraso

y a la muerte, al saqueo y a la dependencia, al empobrecimiento material, moral y espiritual.

Ante este panorama, que no es otro que subir una montaña con una pesada roca a cuestas para empujarla por la ladera, ante la monarquía de lo absurdo, está la dignidad y la rebeldía de los desadaptados, la rabia que dignifica la no aceptación de este demente estado de cosas, y por lo tanto no se adapta, pariendo así a los locos y parias de la palabra y el grito, del amor y la acción. El absurdo Springfield Polombiano, es cierto, puede generar almas sumisas y pacíficas que aguantan latigazos y creen obtener libertad si es que alguna vez son compradas por buenos amos; pero también es cierto que, en la noche oscura de la incertidumbre, de la tormenta de lo absurdo hay almas inquietas en altamar en busca de la dignificación de la existencia, y son esas almas grandes y libres y rebeldes las que se vuelcan ante la injusticia y arden y hacen arder a su paso. La alegría es la posibilidad de comprender el absurdo, y la libertad es la posibilidad de entender que se puede cambiar.

Nuestras almas también dicen:

"También esta noche, Tierra, permaneciste firme.

Y ahora renaces de nuevo a mi alrededor.

Y alientas otra vez en mí la aspiración de luchar sin descanso por una altísima existencia" Goethe